

El Museo Nacional de Antropología: una reflexión a medio siglo

Andrés Medina Hernández*

Introducción

El Museo Nacional de Antropología (MNA) es, sin duda, una espléndida expresión del nacionalismo mexicano del siglo xx, aquel que hunde sus raíces en los planteamientos de los criollos nacionalistas de la segunda mitad del siglo xviii, entre quienes destaca la obra *Historia antigua de México* del jesuita Francisco Javier Clavijero. La exaltación del pasado mesoamericano, como la base en que se sustenta la grandeza de la nación mexicana, tiene como contrapartida la negación de los pueblos indios contemporáneos, a los que se ve como herederos envilecidos de ese antiguo esplendor y en proceso de desaparición –aun cuando durante los siglos xviii y xix constituyeron la gran mayoría de la población.

Esta perspectiva es la que convirtió a esa mayoría de pueblos amerindios en el “problema indígena” y la que condujo hacia una guerra de exterminio por medios violentos a lo largo del siglo xix, al asumir un giro diferente bajo el régimen político surgido de la Revolución mexicana de 1910-1920. Entonces cambiaron los métodos, pero no las intenciones, pues no sólo no se reconocieron sus derechos políticos, sino que incluso se les invisibilizó bajo la espesa imagen del “mestizo”, el protagonista de la “raza cósmica”.

En el mito nacionalista criollo los protagonistas de la historia serían los antiguos mexicanos, a los que pronto se les conoció como los “aztecas”. Éste sería el término para sintetizar ese nacionalismo, como se advierte en el carácter emblemático que asumieron las “dos piedras”, es decir, la Piedra del Sol o Calendario Azteca, y la diosa Coatlicue, encontradas en el subsuelo de la Plaza Mayor, conocida como el Zócalo. Estas dos enormes esculturas no fueron destruidas, sino estudiadas y veneradas como reliquias de la “antigua nación mexicana”; su conservación y protección constituyeron los argumentos para fundar un museo primitivo en los comienzos del México independiente, el que en un salón de la antigua sede jesuita se situó el convento de San Ildefonso.

En la reorganización del Museo Nacional, fundado en 1877 ya bajo la dictadura porfirista, se trasladaron las esculturas antiguas al edificio que fue la sede de la Casa de Moneda, en Nueva España, donde las “dos piedras” y otras más se instalaron en el que se llamaría el Salón de Monolitos. Esta colección escultórica se mantuvo en ese gran salón hasta su traslado al flamante Museo Nacional de Antropología, inaugurado en 1964. Este mismo edificio de la calle de Moneda albergó a la primera comunidad antropológica mexicana, compuesta por un pequeño grupo de investigadores –entre ellos Nicolás León, Jesús Galindo y Villa, Genaro García y Andrés Mo-

* Investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM (tacubaya18@gmail.com).



lina Enríquez-, al que se sumó un grupo reducido de alumnos becados.

A partir de 1915 esta pequeña comunidad se convirtió en el Departamento de Antropología de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional, fundada en 1910, donde se impartían los cursos en los salones del Museo Nacional, y continuará allí hasta que en 1940 se firmó un convenio entre la UNAM y el Departamento de Antropología del Instituto Politécnico Nacional para unificar los cursos, de tal manera que en 1942 esta fusión dio como resultado a la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, que se mantuvo en los salones del Museo Nacional.

Este preámbulo es importante para ubicar mi relato personal, pues me inscribí en la ENAH en 1957, recién egresado de la Preparatoria Nocturna 4, y una primera impresión fue la gran Piedra del Sol que se veía desde la entrada al Museo Nacional. La gran puerta de acceso tenía una réplica en la correspondiente al Salón de Monolitos. La imagen de esa gran escultura llenaba el espacio de esa puerta, a la que se llegaba cruzando un amplio patio desde el que se veían los cinco salones de que se componía la ENAH. Esa impresión de observar en el fondo la enorme escultura, símbolo nacional, es algo que se mantiene vivo en la memoria y en la experiencia de transitar hacia los salones de la escuela.

La comunidad escolar, compuesta por maestros y alumnos, era relativamente pequeña, un poco mayor a

cien personas, y la convivencia entre los estudiantes, en el pasillo que estaba frente a los salones, permitía que nos conociéramos los de diferentes generaciones. Un hecho importante que influía en esta convivencia intergeneracional era la flexibilidad del plan de estudios, compuesto de dos grandes partes: una correspondiente al tronco común, que duraba dos años, y otra a la especialización en cada una de las cuatro áreas de que se componía el programa escolar –etnología, arqueología, antropología física y lingüística-. Sin embargo, no había una secuencia estricta en los cursos que se podían tomar, sino que lo importante era cubrir los créditos del tronco común. Además, los exámenes profesionales se anunciaban en un pizarrón situado en el fondo del corredor, junto al salón más grande, llamado “Fray Bernardino de Sahagún”, donde también se hacían las asambleas estudiantiles y se presentaban de manera ocasional investigadores notables que visitaban el país.

Entre esta población escolar era posible distinguir al grupo que formaba la directiva de la sociedad de alumnos, entre quienes estaban Leonel Durán, Guillermo Bonfil, Mercedes Olivera, Antonio Pérez Elías, Alfonso Muñoz y quienes manejaban la revista de la sociedad, *Tlatoani*, y la serie *Acta Anthropologica*, donde se publicaban trabajos de la comunidad –como el *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas- o bien traducciones de autores considerados importantes para la formación profesional.



Otro grupo era el de los que estudiaban museografía, alumnos de Miguel Covarrubias, entre quienes recuerdo a Mario Vázquez, Jorge Angulo, Iker Larrauri, Alfonso Soto Soria. También destacaban varios de los estudiantes de arqueología, como Víctor Segovia, Francisco Rul y otros más.

Entre las materias generales que cursé el primer año estaba lingüística, impartida por el doctor Mauricio Swadesh, un destacado discípulo de Edward Sapir

y sobre todo una figura central en la escuela mexicana de lingüística. Con él trabajé dos meses en su cubículo, en el octavo piso de la Torre de Humanidades en Ciudad Universitaria, donde estaba el Instituto de Historia. Mi labor consistía en transcribir vocabularios de lenguas amerindias con el sistema fonético internacional, así como en poner en limpio los diagramas que desarrollaba sobre las relaciones entre las grandes familias lingüísticas, en su trabajo de glotocronología y lexicoestadística.

Al año siguiente me inscribí en el curso de Fonética y Fonémica que impartía la maestra Evangelina Arana, esposa de Swadesh, a partir del cual entré en contacto con el doctor Norman A. McQuown, amigo de Swadesh y director del proyecto *Man-in-Nature* del Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, quien luego de un examen de registro fonético nos invitó a Roberto Escalante, estudiante avanzado de lingüística, y a mí a incorporarnos al proyecto para realizar registros en las lenguas tzeltal y tzotzil de los Altos de Chiapas.

Así, un día de mediados de junio de 1958 viajamos Roberto Escalante y yo a la ciudad de San Cristóbal de las Casas, en un largo viaje en autobús, en la clásica línea Cristóbal Colón, para instalarnos en el área de visitantes del Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil del Instituto Nacional Indigenista, mejor conocido localmente como La Cabaña. A la mañana siguiente nos dirigimos, junto con el doctor McQuown, a la casa de Frans Blom y Gertrude Duby, conocida como *Na Bolom* –“la casa del tigre” en tzotzil–, para una reunión académica llamada “Mesilla Redonda Chiapaneca”. Allí nos encontramos con diversas personalidades del medio antropológico, tanto nacional como de las universidades de Chicago y de Harvard. Estaban Evon Z. Vogt y su esposa, Lawrence Kaplan y Frank Miller, entre otros. En esa ocasión conocí a Julio de la Fuente y a Alfonso Villa Rojas, antropólogos destacados y comprometidos con la política indigenista. Este último era el director del centro coordinador, y al llegar nos saludó en persona y se presentó con mucha cortesía; en cambio, De la Fuente me pareció muy serio y distante. Ese día Gertrude Duby tomó una fotografía del grupo. Allí estamos Roberto Escalante y yo. Esa fotografía permaneció por muchos años en el vestíbulo de ingreso a la casa, junto con otras fotos de personalidades que habían pasado por ahí.

Trabajé durante dos meses recorriendo la ruta que va de la población de Chilil, en el municipio de Huistán, a la comunidad de Chanal, cabecera del municipio del mismo nombre, donde se habla tzeltal. Con una pesada grabadora de carretes de cinco pulgadas recorrí diversas rancherías registrando una lista de palabras, el vocabulario básico establecido por Swadesh, para establecer la frontera entre el tzeltal y el tzotzil, que no se conocía con precisión. Roberto Escalante hizo un recorrido paralelo, aunque por las comunidades del valle de Teopisca, hasta Villa Las Rosas.

De regreso a la ciudad de México continué con mis cursos en la ENAH, y para los meses de enero y febrero de 1959 hice un levantamiento censal en la cabece-

ra de Chanal para el proyecto *Man-in-Nature*. Entonces ingresé al Departamento de Investigaciones Antropológicas del INAH, como ayudante del ingeniero Roberto J. Weitlaner, un gran investigador y conocedor de diferentes regiones indígenas mexicanas. Por esos tiempos el profesor Weitlaner preparaba diversos textos para publicarlos en el *Handbook of Middle American Indians*. Uno de ellos se refería a los popolocas del sur de Puebla. Así, a Jorge Sepúlveda Coria, también estudiante de etnología, y a mí don Roberto nos encomendó una investigación de campo para hacer un recorrido por la región popoloca, a fin de hacer un primer reconocimiento etnográfico y establecer los límites aproximados de la misma. Nuestra única referencia era un artículo escrito por la arqueóloga Carmen Cook de Leonard (1953). El recorrido que hicimos Jorge y yo nos tomó los meses de diciembre de 1959 y enero de 1960. Llevé un diario de campo, y con base en los datos reunidos preparé un informe que entregué al ingeniero Weitlaner.

Sin embargo, faltaban varios datos que había que recoger en campo, así que a mediados de 1960 volví a la región, esta vez acompañado de mi condiscípulo de la ENAH Walter Antonio Hoppe, quien también era ayudante de don Roberto para los trabajos del *Handbook of Middle American Indians* (HMAI). De hecho, Walter colaboró en los ensayos dedicados a los ichcatecos, a los chochos y a los mazatecos junto con el profesor Weitlaner (Hoppe y Weitlaner, 1969a y b; Weitlaner y Hoppe, 1969). En el artículo sobre los popolocas aparecemos como coautores Walter, yo y don Roberto (Hoppe, Medina y Weitlaner, 1969). Debo reconocer aquí la generosidad del profesor Weitlaner al incluirnos como coautores, pues no es un gesto común entre los maestros y los investigadores incorporar a quienes participamos en calidad de ayudantes, alumnos todavía, como coautores.

Para fines de 1960 fui invitado por el doctor Norman A. McQuown a incorporarme al equipo de investigadores del proyecto *Man-in-Nature*, a fin de llevar a cabo una investigación etnográfica en una comunidad indígena de los Altos de Chiapas. Así comenzó mi trabajo de campo en Tenejapa, una comunidad tzeltal, realizado entre enero de 1960 y diciembre de 1961. Sin embargo, durante los meses de julio y agosto hubo un paréntesis, pues me dediqué a hacer un recorrido por los parajes de Oxchuc, junto con José Gómez –también colaborador del proyecto como instructor y traductor, pues era originario del paraje de Tzopiljá–, de ese mismo municipio.

En cada paraje al que llegábamos, solicitábamos permiso para obtener un vocabulario en tzeltal, el cual

era registrado fonéticamente y en la grabadora que llevábamos. También pedíamos hospedaje y alimentación. La experiencia fue muy intensa y rica, pues en algunos lugares nos recibían con fiesta y nos trataban muy bien, pero en otros no, y entonces debíamos buscar un lugar para dormir. En general descansábamos en las escuelas rurales, donde nos acomodábamos con nuestras respectivas bolsas de dormir.

La experiencia antropológica de 1961 fue muy instructiva, pues en tanto miembro del proyecto participaba en las reuniones que se hacían cada tres meses en la sede del proyecto, la llamada "Casa Chicago", en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas. A esos encuentros asistían todos los investigadores y presentábamos informes preliminares que eran comentados por los participantes. Asimismo, en las noches convivíamos los asistentes, conversando frente a la chimenea de la casa, después de merendar en el comedor. Con frecuencia bebíamos y cantábamos la música de los republicanos españoles, acompañados por la guitarra de Michael Salovesh, que hacía su investigación en San Bartolomé de los Llanos, una ciudad con un grupo considerable de tzotziles.

La figura central era el doctor McQuown, director del proyecto, a quien llamábamos *don Antonio*, pero también *Super Mac*. El doctor Julian Pitt-Rivers coordinaba las investigaciones etnográficas y supervisaba nuestras investigaciones la profesora Calixta Guiteras, quien tenía una larga experiencia en los Altos de Chiapas, pues había formado parte del primer grupo de estudiantes de la ENAH llevados por Sol Tax en 1942, y luego en 1944, cuando realizó importantes investigaciones sobre los linajes, los clanes y los calpules de varias comunidades tzeltales y tzotziles. A partir de 1952 comenzó el trabajo etnográfico que culminó en el clásico *Los peligros del alma. La visión del mundo de un tzotzil*, publicado en inglés en 1961 y traducido al español en 1965. *Cali*, como la llamábamos, era una persona alegre y trabajadora que leía y comentaba nuestros diarios de campo.

Junto con *Cali* estaba Eva Hunt, quien había trabajado desde los comienzos del proyecto, en 1956, con el equipo dirigido por Duane Metzger, con investigaciones en Aguacatenango, una comunidad tzeltal. Eva era de origen judío-argentino, cuyo apellido de soltera era Verbitski. Antes de estudiar en la Universidad de Chicago había estudiado durante un año en la ENAH, cuando fue novia de Carlos Navarrete. Ya en Estados Unidos contrajo matrimonio con el antropólogo Robert Hunt. Eva también leía nuestros diarios de campo y nos hacía co-

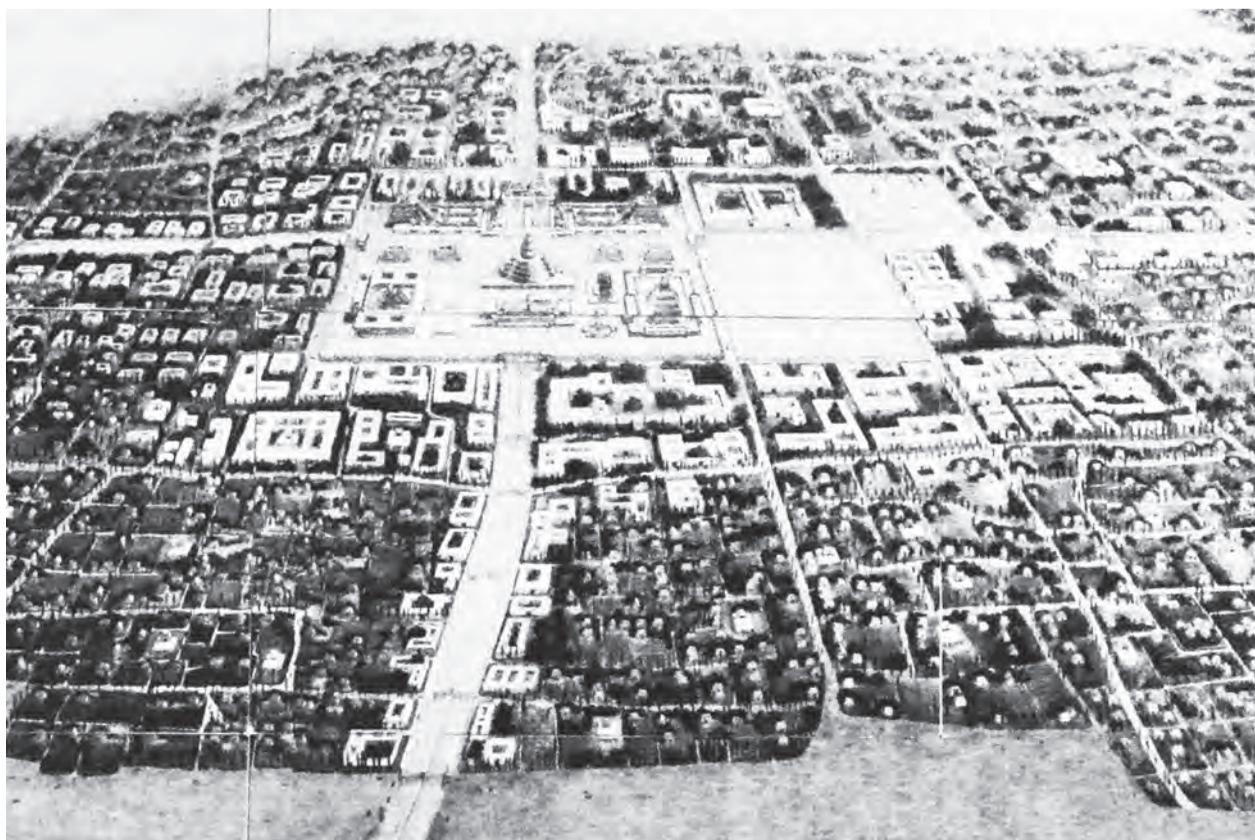
mentarios y sugerencias sobre los temas a investigar. En las reuniones nos daban guiones sobre diferentes temas para ayudarnos en nuestras respectivas pesquisas.

En esta segunda fase del proyecto (1959-1962) participábamos un grupo de estudiantes de la ENAH, con quienes establecí muy buena amistad. Cada quien tenía su propia comunidad y sus experiencias de campo particulares. En San Bartolomé de los Llanos estaba Marcelo Díaz de Salas, que investigaba sobre la visión del mundo de los "totikes", como se conocía a los tzotziles de esa ciudad. Marcelo era discípulo del profesor Fernando Cámara -también integrante del grupo que había llegado con Sol Tax, por ese entonces secretario y profesor en la ENAH-. En Sivacá estaba Manuel Zabala, también alumno de Cámara, con experiencia en Chiapas, pues había hecho su tesis de etnología en Zinacantán, comunidad tzotzil. En Pinola, comunidad tzeltal, Esther Hermitte, argentina, realizaba una muy sugerente investigación y cursaba sus estudios de doctorado en la Universidad de Chicago. Con ella hice una buena amistad y su apoyo resultó fundamental en mi experiencia formativa en la Universidad de Chicago, años después.

Regresé a la ciudad de México en enero de 1962. Como no tenía trabajo, solicité una beca de seis meses a la ENAH. Mi compromiso con el proyecto de la Universidad de Chicago era entregar una monografía etnográfica de Tenejapa, que al mismo tiempo se convertiría en mi tesis para graduarme como etnólogo. Fue una época muy difícil para mí, no sólo por los pocos recursos de que disponía, sino por el compromiso de elaborar la tesis. Mi directora fue la maestra Barbro Dahlgren. Como sucede con frecuencia, el inicio de la redacción fue lento; había que elaborar el marco teórico del tema que había elegido como eje de mi tesis: el de las relaciones de parentesco, y básicamente la discusión sobre la presencia de linajes, clanes y calpules en los Altos de Chiapas.

En mayo de 1963 ingresé al equipo que trabajaba en la museografía de las salas de etnografía maya: Tierras Altas y Tierras Bajas del Museo Nacional de Antropología (MNA), todavía en construcción. Tenía 25 años, aún era pasante de etnología y contaba con una buena experiencia en el trabajo de campo.

En el siguiente apartado narraré mi colaboración con el gran equipo que trabajaba de modo afanoso en el diseño de las salas de etnografía, en el marco de una multitud que a la par desarrollaba muchas otras actividades relacionadas con la construcción de esa enorme obra que se convertiría en el MNA.



Las salas de etnografía maya

El gran predio donde se construía el MNA lo conocía desde mi infancia, pues el bosque de Chapultepec quedaba a unas pocas cuadras de donde vivía con mis padres, en el barrio de El Chorrito. Salir al bosque, visitar el zoológico, recorrer las salas del Museo Nacional de Historia, instalado en el Castillo de Chapultepec, eran actividades frecuentes, como también lo era escaparnos de la escuela primaria El Pípila para ir a remar al lago de Chapultepec. Ya en mi adolescencia acostumbraba, junto con mi hermano Manuel –año y medio menor que yo– salir a correr en la madrugada por la calzada que rodea al lago, llamada la Gran Avenida. En una zona boscosa cercana a Paseo de la Reforma se veía, por la mañana, a los aprendices de torero ensayar los pases, con sus capas y muletas, mientras alguno de ellos tomaba una cornamenta para imitar los movimientos del toro. Al otro lado de la avenida se veían un campo de golf y un predio solitario con una gran antena de radiocomunicación al centro. Allí es donde se construía el gran museo.

Había también otra particularidad que me mantenía cerca del bosque de Chapultepec. El afán de encontrar un lugar adecuado para trabajar en la redacción de nuestras respectivas tesis, nos llevó a otros dos ami-

gos y a mí a buscarlo, pues no había condiciones para hacerlo en nuestras respectivas casas familiares. Así, Gabriel Moedano Navarro y José de Jesús Montoya Briones, estudiantes de etnología, como lo era yo mismo, nos instalamos en un departamento amueblado situado en la esquina de calzada de Tacubaya y la avenida Chapultepec, justo frente a las conocidas “rejillas de Chapultepec”, donde había una gran fuente que en origen había formado parte del acueducto que llevaba agua a la entonces lejana ciudad de México. Su punto de llegada era la hermosa fuente situada en la calle de Arcos de Belem, exactamente en el punto donde se encuentra con el Eje Central, avenida anteriormente conocida como San Juan de Letrán y que marcaba el límite poniente de la ciudad española.

En el predio donde se construía ahora el museo había una zona donde se ubicaban dos filas de salones, contruidos por el Comité Administrador del Programa Federal para la Construcción de Escuelas (CAPFCE). En uno de los salones estaba el local donde se diseñaban salas de etnografía maya, una correspondiente a la Tierras Altas y otra a las Tierras Bajas. La museógrafa era la señora Isabel Marín de Paalen, alta, morena, siempre vestida con discreta elegancia, hermana de Lupe Marín –que había sido esposa de Diego Rivera–, ambas jaliscienses. Los museógrafos eran Manuel Oropeza y

Constantino Lameiras y el arquitecto, Pablo Arancón. Había también varios pintores que apoyaban la elaboración de maquetas y de dioramas, entre quienes se encontraban Guillermo Zapfe y Antonio Carmona. En la etapa final, cuando se trabajaba ya en las salas mismas, participó un equipo dirigido por Adolfo Mexiac, conocido pintor y grabador, miembro del Taller de la Gráfica Popular.

Había numerosos equipos que apoyaban el trabajo de los museógrafos, entre ellos el que coordinaba todo el trabajo, encabezado por Mario Vázquez. Para el área de fotografía el responsable del archivo era Alfonso *Poncho* Muñoz, antropólogo físico, pero sobre todo gran fotógrafo, iniciador del documental etnográfico, como el relacionado con los danzantes conocidos como concheros titulado *¡Él es Dios!* Otros fotógrafos que intervinieron en la dos salas de etnografía maya fueron Armando Salas Portugal, que preparó impresiones grandes de fotos de la selva lacandona, y Juan Guzmán, que hizo numerosas tomas de la región tzeltal-tzotzil y de la Sierra Madre de Chiapas. A Salas Portugal nunca lo vi. En cambio, con Juan Guzmán hice varios recorridos por las comunidades chiapanecas, con lo que se estableció una buena amistad entre ambos. Juan era originario de Alemania, pero había peleado en los batallones internacionales con los republicanos españoles. Viajó a México con los refugiados españoles, a quienes conocía bien. Juan Guzmán, cuyo nombre original era Hans Guttman, había sido especialista en dinamitar puentes y me comentó que los franquistas habían puesto un premio a su cabeza.

Había un taller de escultura, donde hicieron los maniqués que formarían parte de las salas de etnografía. En el caso de las Tierras Altas estudiaron con cuidado las características somáticas de los pueblos tzeltal-tzotziles para reproducirlas con la mayor fidelidad posible, pues la presentación de los trajes de las comunidades era una parte importante de la exhibición. En la administración general estaba Zita Basisch de Caneisi, quien tenía entre sus ayudantes a Raúl de la Rosa.

Con la excepción de Chabela Marín, todos éramos jóvenes veinteañeros. Yo hice muy buena amistad con Raúl de la Rosa, Memo Zapfe y Constantino Lameiras, sin que el trato con los otros miembros del equipo dejara de ser cordial, de colaboración en las tareas del diseño museográfico de las dos salas. De hecho, en este ambiente de actividad febril me encontré con muchos condiscípulos de la ENAH, tanto arqueólogos como etnólogos. Mis amigos Gabriel Moedano y José de Jesús

Montoya trabajaron para la bodega de etnografía, recorriendo diversas regiones de la Sierra Madre Oriental.

Ingresé al equipo de las salas de etnografía maya como asesor adjunto. Los asesores titulares eran Alfonso Villa Rojas, para las Tierras Altas, y Guillermo Bonfil, para las Tierras Bajas. Villa Rojas había hecho los llamados guiones científicos para ambas salas, aunque había otro guión para los pueblos de la Sierra Madre de Chiapas y el Soconusco, hecho por Ricardo Pozas. Mi trabajo se organizó en dos etapas: la primera era la recolección de los objetos etnográficos para ambas salas; la segunda, colaborar en el diseño museográfico, también de las dos salas, pero en particular en la de Tierras Altas.

Para la primera etapa organicé varias salidas. La primera fue a Yucatán. Hasta ese momento no conocía todavía los pueblos mayas de las Tierras Bajas ni los de la Sierra Madre de Chiapas. Así que, para mi primera salida, tuve que preguntarle a Guillermo Bonfil datos específicos sobre el hospedaje en Mérida, que sería mi punto de partida para este primer recorrido. Me recomendó el hotel Caribe, que estaba en el centro de la ciudad, pero también me sugirió asesorarme con el profesor Alfredo Barrera Vázquez, un estudioso mayista con un amplio reconocimiento internacional. De acuerdo con las instrucciones que me dio Chabela Marín, debía adquirir algunos troncos de chicozapote –el árbol del chicle– y contratar a un grupo de campesinos mayas para que construyeran una casa tradicional en la sala de Tierras Bajas, para lo cual debía comprar los materiales necesarios.

El arqueólogo Víctor Segovia me recibió primero. Con él visité la zona arqueológica de Uxmal. En las cercanías está la población de Santa Elena, donde hablé con algunos de sus habitantes, campesinos mayas, a quienes expliqué qué necesitaba para el museo y accedieron a viajar a la ciudad de México para construir la casa. Asimismo me hicieron una relación de los materiales necesarios y del costo de los mismos. Eso era lo que yo tenía que hacer, pues una vez avisados en el museo ellos enviarían una camioneta en la que el chofer se encargaría de hablar con la gente, pagar los materiales y llevarlos al Distrito Federal. Con el profesor Barrera Vázquez viajé a Valladolid y a Tizimín. En esta última población él se encargaría de conseguir los troncos de chicozapote y, según me comentó, los propios madereños de esa región se encargarían de llevarlos al museo.

El viaje a la Chontalpa de Tabasco fue breve; a diferencia de mi experiencia yucateca no recorrí los pueblos

chontales, sino que me dirigí a Nacajuca, donde entré en contacto con la gente del lugar para repetir la misma operación: hablar con algunos, indicarles mis intenciones de conseguir a un grupo de personas dispuesto a viajar a la ciudad de México para construir una vivienda tradicional con todos sus elementos, así como conseguir los materiales de construcción necesarios, que les serían debidamente pagados. Así, los dos grupos de campesinos, chontales y mayas yucatecos, viajaron al museo y construyeron sendas viviendas, instaladas en la sala de Mayas de las Tierras Bajas.

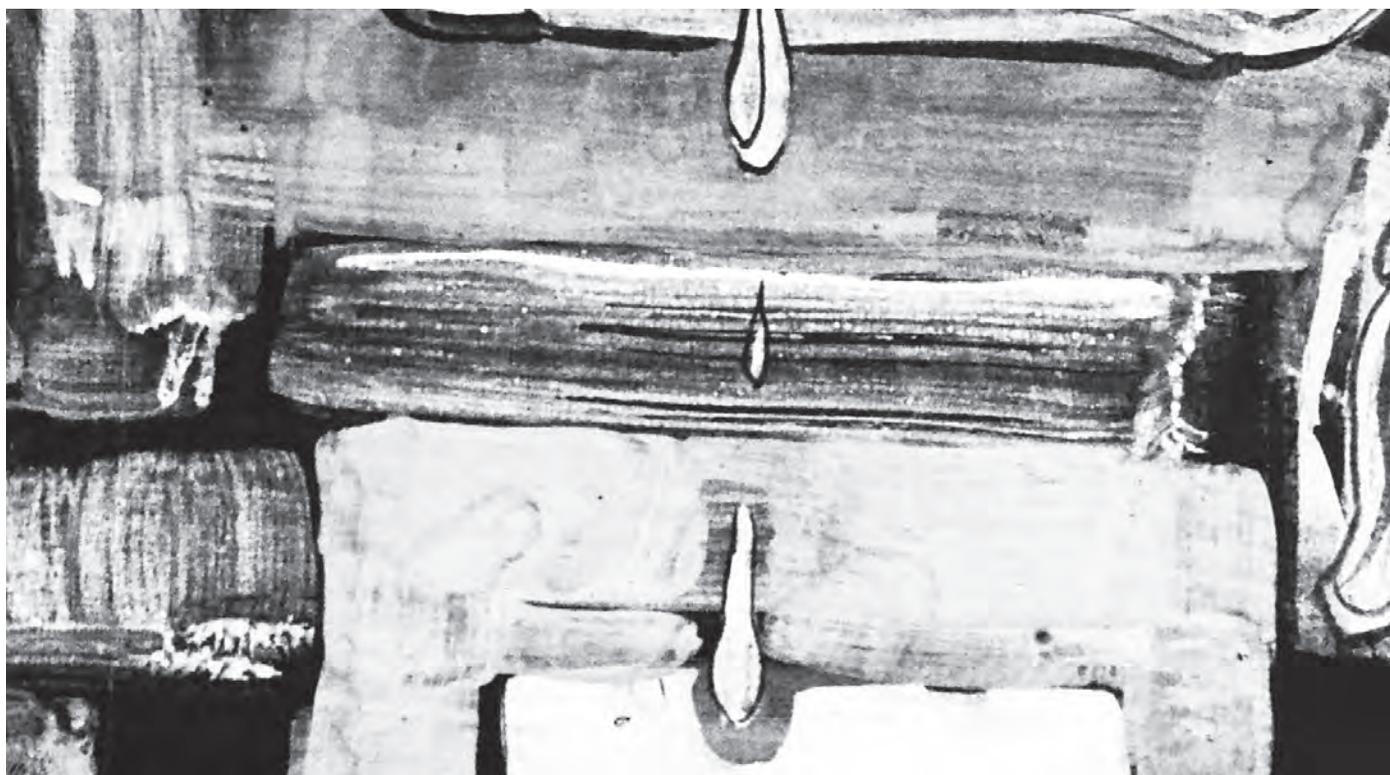
El viaje a Chiapas se compuso de tres recorridos diferentes. El primero fue a los pueblos choles, que no conocía; el segundo, a los pueblos tojolabales de las cercanías de Comitán y a los de la Sierra Madre, que tampoco conocía, y el tercero a la región tzeltal-tzotzil, que era la que mejor conocía. Para el viaje por los pueblos choles me acompañó Agustín Méndez, de Tenejapa. Nos trasladamos hasta Petalcingo, última comunidad tzeltal antes de ingresar a la región chol. Caminamos hasta Tila, un pequeño centro urbano y lugar de peregrinaje de los pueblos de la región, en particular del lado tabasqueño, donde se venera a un Cristo negro de Esquipulas. Nos tocó visitar varias rancharías con población chol. Adquirí prendas de vestir tradicionales y tomé una buena cantidad de fotos, pues en los materiales para la sala no teníamos imágenes de la región ni de la gente. Desde Tila caminamos hasta Tumbalá, otro de los centros de población chol. Por el camino nos detuvimos en diferentes rancharías para hablar con la gente, tomar fotos y adquirir diferentes objetos para la colección del museo. En Tumbalá la iglesia estaba abandonada, pues según nos comentaron la habían quemado los protestantes.

El viaje a los pueblos tojolabales resultó muy agradable. Visité varias comunidades, así como Altamirano y Comitán, pequeñas ciudades que fungen como centros regionales. Adquirí sobre todo indumentaria y algunos objetos para la colección etnográfica. De Comitán volé en avioneta a Motozintla, la cual aterrizó en el vado de uno de los ríos que pasa por esa ciudad. Al llegar me abordó apresuradamente un policía aduanal que me pidió, con una actitud muy autoritaria, mi identificación. Sin embargo, cuando le mostré la carta que me habían dado en el museo, cambió su actitud por completo. Era una carta en papel membretado, con un texto que me presentaba y donde se requería se me apoyara, firmado por el arquitecto Ricardo de Robina. Caminé hasta el centro de esta ciudad, situada en un

pequeño valle y rodeada de grandes montañas. Desde allí sale el café de las fincas que se encuentran en los alrededores para ser llevado al Soconusco, de donde se exporta sobre todo a Alemania. Esta zona montañosa, la Sierra Madre de Chiapas, está habitada por población de habla mam, lengua mayense. Al instalarme en Motozintla averigüé que había varios barrios con hablantes de diferentes lenguas, una de las cuales resultó ser la lengua mochó –o motozintleco–, que se consideraba como desaparecida. Al momento de recoger un vocabulario no estaba seguro de la identidad de la lengua, así que cuando llegué a la ciudad de México acudí con el profesor Mauricio Swadesh para que revisara mis datos. Él confirmó que era motozintleco y se lo comunicó al equipo de la Universidad de Chicago, en particular al doctor McQuown.

Si bien hice varios viajes a los Altos de Chiapas, uno de ellos fue con la participación de varios miembros del equipo que trabajábamos en las salas de etnografía maya: con Chabela Marín a la cabeza, estábamos Constantino Lameiras, Juan Guzmán y yo, además de una camioneta con su chofer. Fuimos a Copanaguastla, una ciudad colonial del siglo xvi ahora abandonada, de la que sólo queda una vieja iglesia con una espléndida fachada de estilo plateresco y donde Juan Guzmán tomó numerosas fotografías. Viajamos a varias comunidades de los Altos. Aunque la mayor parte de los materiales etnográficos los adquirí en otras ocasiones, encargué atuendos completos como los que usan los funcionarios religiosos de las comunidades tzeltales y tzotziles, elaborados por artesanos de San Cristóbal Las Casas, tales como los sombreros de fieltro negro, los bastones de autoridad con su empuñadura metálica y, por supuesto, la indumentaria ceremonial de varias de las principales comunidades, como Chamula, Zinacantán, Chenalhó y Tenejapa.

En Zinacantán conseguí el traje de bodas de la pareja y solicité a las autoridades que se me permitiera probar las prendas con personas de la comunidad, lo cual aceptaron siempre y cuando yo aportara dos botellas de aguardiente. Aproveché para tomar fotos de las diferentes formas en que los varones usan el pañuelo, pues se acostumbra atarlo a la cabeza. El huipil de bodas es una prenda muy bonita, con una cenefa de pelo de conejo en la parte inferior. Me parece importante apuntar que en esos años no era difícil tomar fotografías de la gente, de los templos o de algunas ceremonias religiosas; al contrario, encontrábamos una actitud de colaboración o simplemente de curiosidad.



Apunto esto porque ahora ya no se puede hacer de la misma forma: en muchas iglesias existe la prohibición de tomar fotos o de pagar una cuota para hacerlo, como en San Juan Chamula.

En la segunda etapa, dedicada en particular al diseño de las dos salas de etnografía, mi trabajo consistió en apoyar diferentes aspectos museográficos. Para la secuencia temática propuse una organización como la que se usaba en las monografías etnográficas; es decir, primero la historia y la geografía regionales, luego la información relativa a la tecnología y a la economía, la especialización artesanal, después la organización político-religiosa y, por último, las diversas manifestaciones del sistema de creencias, de raíz mesoamericana.

Puesto que una parte importante de las manifestaciones artísticas de las comunidades de los Altos de Chiapas es la correspondiente a los textiles, expresados sobre todo en la indumentaria que usa cada comunidad, principalmente la que corresponde a las grandes ceremonias comunitarias, Chabela Marín propuso que la parte central la ocupara una escena de mercado, en la que no sólo se mostrara la rica diversidad regional de los atuendos, sino también de los productos artesanales. Para eso encargó se elaboraran maniqués que llevarían las prendas regionales, los cuales fueron cuidadosamente diseñados, tratando de representar los tipos humanos característicos de la región.

Con Guillermo Zapfe trabajé en la elaboración de un diorama que mostrara las diferentes etapas del ciclo agrícola, pues la agricultura era todavía en esos años la base de la economía y la vida cotidiana de los pueblos mayenses de los Altos de Chiapas. En esta exhibición asimismo se mostraban las principales herramientas de trabajo; de igual manera aporté diversos materiales y datos para un diorama en el que se representaba una vivienda como las de Chamula, con su gran techo piramidal de zacate. El fondo del diorama lo realizó el pintor Antonio Carmona, y con el grupo de Mexiac se hizo una pintura donde se representaba la estructura político-religiosa de una comunidad tzeltal, en cuya cúspide se veía al funcionario principal acompañado de su nagual, un jaguar.

Por último, Chabela Marín decidió poner en cada una de las salas una pintura realizada por un pintor reconocido. Para la de Tierras Bajas el trabajo se encargó al pintor Rafael Coronel; para las Tierras Altas Leonora Carrington hizo la pintura mural. Leonora no conocía Chiapas, ni mucho menos las comunidades mayenses de los Altos, por lo que le sugerí diversas publicaciones, sobre todo el trabajo clásico de Calixta Guiteras *Los peligros del alma*, así como el viaje a San Cristóbal y su instalación en la Casa Blom, la llamada *Na Bolom*. Como parte del material de apoyo se me pidió que escribiera un texto sobre la cultura mayense de los Altos



de Chiapas. Cuando estaba en Chicago, en 1965, me enteré de que se había publicado en un elegante libro, *El mundo mágico de los mayas*, donde había otro texto de Laurette Séjourné, si bien la mayor parte del espacio lo ocupan las numerosas y preciosas viñetas que Carrington realizó durante su viaje a las comunidades de los Altos de Chiapas, principalmente a las más cercanas, como Chamula, Zinacantán y Amatenango. Además, en el libro se reproduce una primera versión del mural, y la definitiva a doble página.

Esa espléndida pintura conjuga muy bien el estilo particular de Leonora Carrington y el mundo onírico –y de nahuales– de la cosmovisión de los pueblos mayenses chiapanecos, y se situó en un lugar central de la sala. Posteriormente la pintura ha pasado por varias vicisitudes, como el de llevarla a la bodega del museo y enviarla después al museo de Tuxtla Gutiérrez, donde también se embodegó; luego regresó a la sala del MNA y en la actualidad viaja con la reciente exposición que se presentó sobre los mayas en el Palacio Nacional.

Conforme se aproximaba la fecha de inauguración del museo la actividad era crecientemente frenética. Los que participábamos estábamos impacientes por ver terminadas las salas y el museo entero, pues lo que veíamos era la actividad febril de carpinteros, pintores y toda clase de técnicos. El paraguas de la parte central no nos fue accesible hasta los últimos días.

La ceremonia de inauguración fue encabezada por el presidente Adolfo López Mateos, acompañado por el cuerpo diplomático acreditado en el país. El escenario fue el amplio espacio situado debajo del gran paraguas situado en la parte central, y el discurso principal lo pronunció Jaime Torres Bodet, secretario de Educación. Al final, la comitiva recorrió las flamantes salas del museo, donde unos pasos más adelante se daban los últimos toques a los detalles museográficos. Ese 17 de septiembre se organizó una elegante cena en ese mismo suntuoso escenario, en cuyas mesas nos acomodábamos los participantes y algunos invitados ilustres. En nuestra mesa estuvo el antropólogo George M. Foster, de la Universidad de California.

Reflexión final

La concepción teórica que domina la lógica de las instalaciones del Museo Nacional de Antropología es la del culturalismo de raíz boasiana, con su orientación relativista. Es la misma que estaba vigente en los planes de estudio de la ENAH, como se advierte en el planteamiento de una antropología definida desde una concepción general de la cultura, y desde la cual se establecen las cuatro grandes áreas que la componen: antropología física, arqueología, etnología y lingüística. En la década de 1950 se fundan dos especialidades de la etnología, la

etnohistoria y la antropología social, esta última entendida en México como la política indigenista.

Es posible reconocer la trascendencia de este planteamiento teórico si lo comparamos con el que regía antes en la antropología, el evolucionismo, en particular en la versión darwinista social de Spencer, la cual domina los medios científicos de Europa, Estados Unidos y México. Esta concepción evolucionista tiene un profundo sentido racista, pues se funda precisamente en la base biológica, la cual determina las características de la cultura y de la lengua. Así, se estableció la definición de “raza” como el criterio fundamental para entender todas las otras manifestaciones de la cultura; además, esta propuesta teórica se fundaba en una concepción definitivamente eurocéntrica, en la que se constituyó un dualismo básico: por un lado la “civilización”, “Occidente”, la “ciencia”; por el otro los “salvajes”, los “bárbaros”, los “primitivos”, con su “magia” y sus “supersticiones”.

En este evolucionismo se inscribió gran parte de los “científicos” porfiristas, como se aprecia en el evidente racismo de Francisco Bulnes, pero también del grupo de investigadores del Museo Nacional, que constituyó la primera comunidad antropológica, como bien se comprueba en los textos de Nicolás León, de Andrés Molina Enríquez, o bien en los de sus más conocidos discípulos, como Manuel Gamio. Todavía en los trabajos de Carlos Basauri y en los del equipo dirigido por Lucio Mendieta y Núñez, desde el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, en las décadas de 1940 y 1950, dominaba la teoría evolucionista.

Contra ese evolucionismo que sirvió como base de las posiciones racistas se levanta la obra de Franz Boas, quien en sus numerosas investigaciones mostró la autonomía relativa de las características culturales de aquellas otras de orden biológico; por eso se definen las cuatro grandes ramas de la antropología, cada una con sus propios planteamientos teóricos y metodológicos, si bien articuladas por la cultura. Toda esta propuesta teórica se consolidó después de la Segunda Guerra Mundial y tuvo una de sus cristalizaciones en la Carta Universal de los Derechos del Hombre, elaborada en la entonces apenas fundada Organización de las Naciones Unidas.

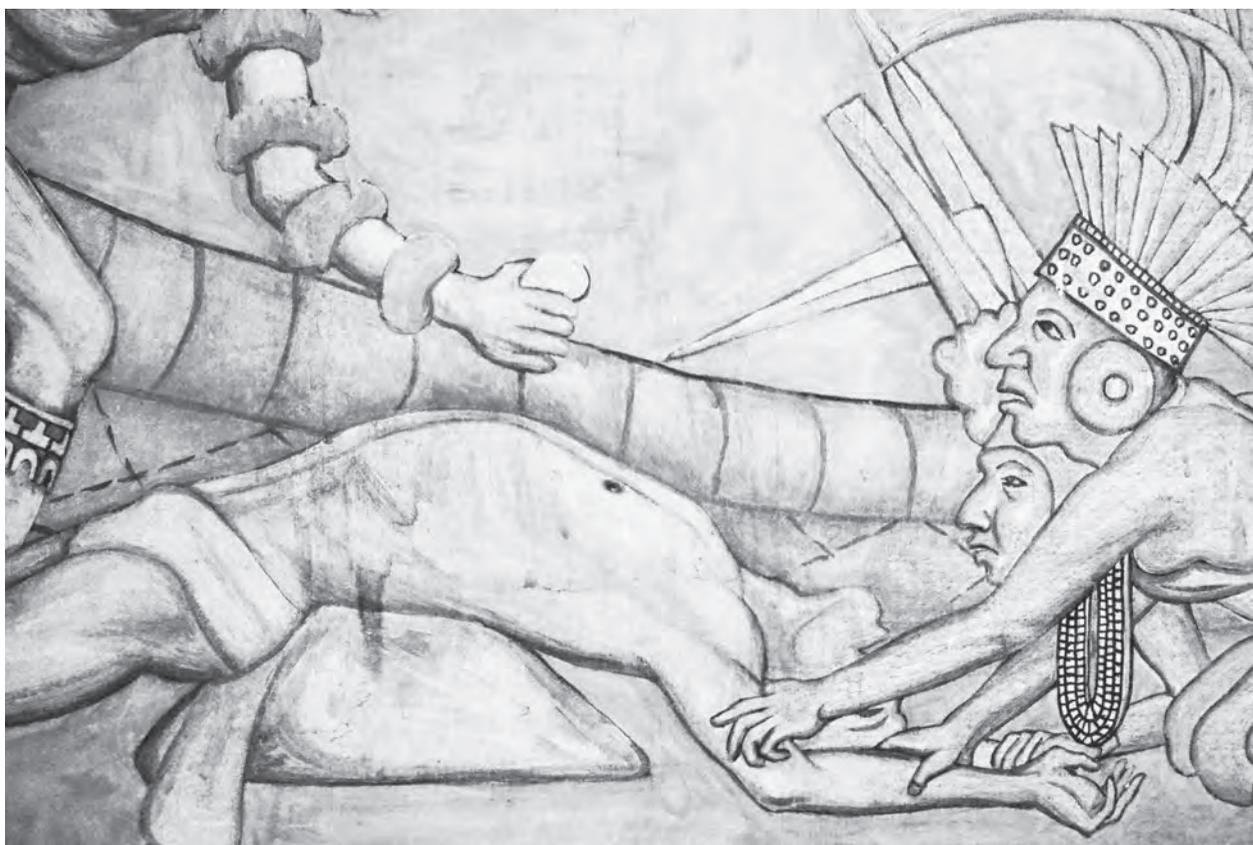
En ese contexto se estableció en la ENAH una plan de estudios de orientación claramente culturalista, pero que adquirió un perfil específico a partir del planteamiento mesoamericanista hecho por Paul Kirchhoff en su ensayo clásico publicado en 1943. Mesoamérica se

convirtió así en un paradigma que orientó y legitimó las investigaciones antropológicas en México, en particular en el INAH, fundado en 1939, y al que se adscribió la ENAH al año siguiente.

En todo este periodo que va de 1940 a 1970 encontramos una estrecha relación entre las comunidades de antropólogos de Estados Unidos y de México; numerosos antropólogos estadounidenses impartían cursos en la ENAH e incluso se ofrecían becas para los estudiantes y para investigaciones por parte de diferentes fundaciones de Estados Unidos –como la Rockefeller y la Viking–. Un buen ejemplo de esta cercana colaboración entre las dos comunidades científicas es la publicación del *Handbook of Middle American Indians*, cuyos 16 volúmenes se publicaron entre 1964 y 1976. Allí colaboraron numerosos investigadores mexicanos, y la mayor parte de ellos fueron los autores de los guiones científicos usados para el diseño de las salas del MNA, en especial en el campo de la etnografía. Me parece que quien jugó un papel importante en la coordinación de estos guiones, para la parte de etnografía, fue don Alfonso Villa Rojas, antropólogo yucateco relacionado con diversas instituciones de Estados Unidos y de México.

La característica más importante que define la orientación culturalista de las salas de etnografía fue la intención de resaltar en las exhibiciones las particularidades de las diferentes regiones etnográficas, al margen de la compleja trama social, económica y política nacional en que se insertaron. Existió la propuesta implícita de subrayar las características culturales que los vinculaban con las antiguas poblaciones mesoamericanas, previas a la invasión hispana. Esto se enfatizó también al situar cada una de las salas de etnografía, en el segundo piso, con las otras de arqueología, en el primero. Así, debajo de las dos salas de etnografía maya está la correspondiente a los mayas del clásico y el posclásico. Curiosamente esto no ocurre con los pueblos de la cuenca de México, como lo apunto adelante al referirme a la Sala Mexica.

Finalmente, la rica experiencia de participar en la construcción museográfica del MNA resultó fundamental en mi formación como antropólogo, pues no sólo reafirmó mi pertenencia a la comunidad antropológica nacional, sino que también me permitió relacionarme y conocer el campo de la museografía y el de la plástica. Además de trabajar con artistas en el diseño específico de las salas de etnografía maya, era posible ver trabajando a otros prestigiosos pintores en las diferentes salas de arqueología y etnografía. Recuerdo haber visto a Pablo



O'Higgins montado en una escalera mientras pintaba mural, lo mismo que a Raúl Anguiano, entre otros.

El viejo nacionalismo de los criollos del siglo XVIII, enriquecido con los aportes intelectuales de los liberales del siglo XIX y con el vuelco de la Revolución mexicana del siglo XX, asumió una expresión vistosa y espectacular en el nuevo Museo Nacional de Antropología, como se aprecia en el lugar preponderante de las expresiones del "México Antiguo", como lo definen los criollos; es decir, las salas de arqueología, a las que se subordinaron las de etnografía. Sin embargo, donde este nacionalismo alcanzó su máxima exaltación fue en la Sala Mexica, situada en el corazón del museo. Las dos grandes alas de que se compone se unen al fondo, en un gran salón, frente al cual está un enorme estanque donde se sembraron matas de tule y en cuyo centro está un enorme caracol de piedra blanca, que reproduce una pieza de origen mexicana.

En el centro de la Sala Mexica se sitúan las "dos piedras", junto con otras grandes esculturas, en un entorno majestuoso que exalta el arte y la historia de los "aztecas". Este entorno, cargado de cierta religiosidad, ha propiciado que algunos pueblos indios traigan ofrendas florales, quemem incienso e incluso realicen danzas alrededor de las dos grandes esculturas: las mismas que estaban en el viejo palacio de la calle de Moneda, pe-

ro en particular el Calendario Azteca, que se podía ver desde la calle, enmarcado en los enormes portones interior y exterior del edificio. Un capítulo relativamente reciente, en esa misma tonalidad nacionalista, lo constituyeron los trabajos realizados en el Templo Mayor, en el Centro Histórico de la ciudad de México: debajo de la ciudad española, fundada en el siglo XVI, se encuentra la primera y más antigua ciudad: México-Tenochtitlán.

Como ya señalé, de los pueblos actuales de raíz mesoamericana de la cuenca de México no hay ninguna mención, como tampoco la había sobre los pueblos nahuas, cuya lengua, el náhuatl, cuenta con el mayor número de hablantes en la actualidad.

Sin embargo, el contraste más violento se encuentra entre las actuales exhibiciones etnográficas y la profunda transformación experimentada por los pueblos indios contemporáneos, tanto en lo que se refiere al intenso proceso de politización, que conduce a una diversidad de organizaciones, como al impacto que han producido en los mismos pueblos las políticas clientelares de los diferentes partidos políticos y de las mismas instituciones gubernamentales, así como el de los medios de comunicación masiva, que transmiten mensajes consumistas y racistas.

Por otro lado, encontramos los diversos efectos, la mayor parte negativos, que han provocado las corrien-

tes migratorias hacia las grandes ciudades nacionales y hacia diferentes partes de Estados Unidos. Un referente que habla de la presencia de población india, donde antes no la había, como en las grandes ciudades, es que ahora encontramos en ellas a hablantes de la mayor parte de las lenguas amerindias. No digamos en la cuenca de México, donde en Ciudad Nezahualcóyotl y en Chaco Solidaridad hay hablantes de prácticamente todas las lenguas amerindias mexicanas.

El país se ha transformado en forma sustancial en el medio siglo transcurrido desde la inauguración del Museo Nacional de Antropología, en 1964. Los descubrimientos arqueológicos han ampliado extensivamente nuestro conocimiento de los pueblos mesoamericanos

y de aquellos otros situados en la Gran Chichimeca, pero sobre todo los pueblos indios son ya otros y no podemos verlos abstraídos de sus contextos regionales, nacionales e internacionales. Su cultura se ha diversificado con todas las influencias recibidas, pero no se ha perdido, sino que se actualiza en forma constante desde un sustrato mesoamericano e hispano medieval. ¿Puede actualizarse el museo y ser puesto al día con estas nuevas situaciones en términos museográficos? Debe hacerlo, pues de otra manera será una nueva pieza arqueológica, con todo y sus salas etnográficas.

Ciudad Universitaria, Distrito Federal,
miércoles 9 de julio de 2014



Construcción de una sala del Museo Nacional de Antropología **Fotografía** © Archivo Casasola, FN, Sinafo-INAH, Conaculta, México